



*Warborough I.*

*Albemarle I.*

QUINCE de setiembre —El *Beagle* arribó a la isla más meridional de las Galápagos. Este archipiélago consta de diez islas principales, de las cuales, cinco tienen un tamaño mucho mayor que el resto. Están situadas bajo la línea del ecuador, y a una distancia de entre 500 y 600 millas de la costa occidental de América. Todo el conjunto es de formación volcánica. Con la excepción de algunos fragmentos de granito, a los que el calor ha alterado cubriendo de una curiosa pátina, están formadas en su totalidad por lava, o por la arenisca resultante de la atrición de materiales volcánicos. Las islas de mayor altitud (que ostentan una elevación de 900, y hasta 1.200 metros) suelen tener uno o más cráteres principales en su centro, y orificios más pequeños en los flancos. No cuento con datos exactos para hacer el cálculo, pero no dudo en afirmar que debe de haber en todas las islas del archipiélago al menos 2.000 cráteres. Estos son de dos tipos; uno, como suele ser el caso, formado por escoria y lava; otro, por arenisca volcánica acumulada en finos estratos. Estos últimos presentan en la mayoría de los casos una hermosa simetría: deben su origen a la erupción de un barro —esto es, fina arena volcánica mezclada con agua— que no tiene nada de lava.

Si pensamos que estas islas están bajo la línea misma del ecuador, el clima dista mucho de ser caluroso en demasía; algo que, quizá, se deba principalmente a la temperatura tan baja del mar que las rodea. A excepción de una breve época del año, cae muy

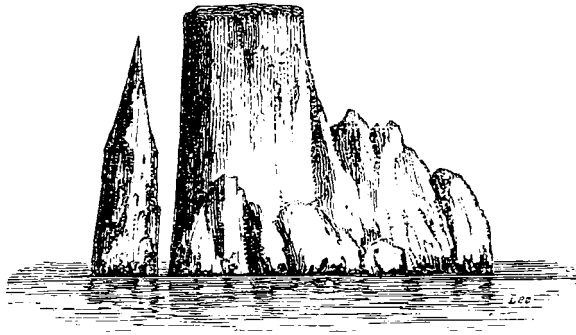
poca lluvia, y ni siquiera entonces lo hace con regularidad; pero por lo general las nubes están bajas. Todo ello provoca una aridez muy acusada en las partes de las islas que están al nivel del mar, mientras que las cimas, con una altitud de trescientos metros o más, poseen una vegetación que se diría exuberante. Sobre todo es el caso en el lado de barlovento, que es el que primero recibe y condensa la humedad de la atmósfera.

La mañana del día 17 desembarcamos en la isla de San Cristóbal, la cual, igual que el resto, se recorta suavemente sobre la línea del mar con su perfil redondeado, solo interrumpido aquí y allá por algún que otro altozano, resto de antiguos cráteres. Nada invita menos a los sentidos que esta primera impresión. La negrura del malpaís está cubierta por doquier de una vegetación raquítica, con escasas señales de vida. La superficie, seca y cuarteada, calentada por el sol de mediodía, le confería al aire un rigor pesado y sofocante, como el que sale de un horno; hasta los matorrales nos daban un olor desagradable. Aunque traté con diligencia de recoger tantas plantas como pude, solo conseguí muestra de diez clases; y eran hierbajos de un aspecto tan descorazonador que se dirían más propios de una flora ártica que ecuatorial.

Los bosques ralos, que cubren las partes bajas de todas las islas, excepto allí donde la lava ha fluido recientemente, parecen desnudos a cierta distancia, como los árboles de hoja caduca durante el invierno en el hemisferio norte. Tardé un tiempo en descubrir que no solo tenían hojas casi todas las plantas, sino que la gran mayoría estaba en esta época en flor. Después de la estación de copiosas lluvias, dicen que las islas presentan durante un breve tiempo apariencia de parcial verdura. Solo en otra tierra he visto una vegetación que se aproxime a esta en su naturaleza, y fue en la isla volcánica de Fernando Noronha, sometida en muchos aspectos a condiciones similares.

La historia natural de este archipiélago llama poderosamente la atención: parece en sí mismo un mundo aparte, pues la

mayoría de sus habitantes, tanto animales como vegetales, no se halla en ningún otro lugar. Como volveré sobre ello más adelante, dejaré constancia aquí tan solo, tras una primera impresión formada nada más desembarcar, de que las aves son ajenas al ser humano. Se mostraban tan dóciles y confiadas que



ni siquiera comprendían lo que implicaban las piedras que les tirábamos; y sin parar en nuestra presencia, se nos acercaban tanto que podríamos haber matado buen número de ellas con un palo.

El *Beagle* circunnavegó la isla de San Cristóbal y echó el ancla en varias calas. Una noche dormí en tierra, en una parte de la isla en la que había un elevado número de conos negros —antiguas chimeneas de los fluidos subterráneos candentes. Subido a un leve promontorio, conté hasta sesenta de estos montecitos trunco-cos, coronados todos por un cráter más o menos perfecto. La mayor parte consistía simplemente en un anillo de escorias apelmazado de forma compacta, y se elevaban sobre el mar de lava a una altura no mayor de 15 o 30 metros. Su apariencia regular le daba al entorno la semejanza de un taller, y me recordó vivamente esas partes de Staffordshire en las que abundan en número las grandes fundiciones.



*Fig. 1.*

*Fig. 2.*

